

PAUL MORAND (1888)

Budapest, longitud de onda quinientos cuarenta y cinco

INÚTIL es atrasar la hora de la comida,
el día de julio no quiere marcharse.

A las 22 h. 10, la luz
perfora todavía los tilos
que tienen la piel tierna.

Filamentos blancos se desenmarañan por encima
del valle del Andelle,

ya no se sabe si se está en el Eure o en la Costa de Marfil, sobre
el Camoë.

A las 23 horas, después de un concierto estúpido por un
"prix de Rome".

La Torre Eiffel se duerme erguida, como los caballos.

Bonsoir messieurs. Bonsoir mesdames. Bonsoir mesdemoiselles.

Se apagan las casas y las ventanas acostadas sobre las pedre-
zuclas.

Daventry

expira en el jardín oscuro:

indiferente a las señales puntiformes de la Oficina de Longi-
tudes.

los conejos salen del bosque; mastican menta fresca,

— desde aquí se la huele —,

los perros extenuados duermen, con la cola sobre los ojos.

en la escalinata todavía caldeada.

Oigo a través de la Mancha
 la orquesta del Piccadilly Hotel
 y los comensales que gritan: ¡Otra vez!
 y, durante los silencios: *Wonderful!*
 Big Ben ha tocado la medianoche en Westminster: *Good bye*
 | *everybody.*

Me quedo solo con la Osa Mayor y los animales que hieden.

Un lirón

voltea una pera aún no madura.
 Entonces hago girar mi valija de caoba
 hacia todos los puntos de horizonte hertziano
 y procuro, con mis redondas orejas de ebonita,
 por encima del reposo occidental,
 unirme con la poesía nórdica (Hilversum 26.3.35)

o, por Estocolmo (longitud 1153)
 con los dioses escandinavos,
 que son los verdaderos amos de Normandía.

En el fondo de mi jardincillo,
 en los confines del Sena-Inferior,
 a las 0. h. 42

capto de pronto sobre una onda perdida
 una queja suave:

la extraigo de una confusión de chirridos y de señales mari-
 | *timas*

separo de ella las tormentas que crepitan,
 y la atraigo hacia mí.

Es una czarda

que llega por encima de los cuadrantes horarios y de los pa-
 | *sajes amodorrados por las lunas*
 llevada sobre el lomo redondo de la noche intereuropea, que
 | *se aquieta*

Budapest.

La rubia Hungría habla sin testigos
 a la Normandía verde,

los caballos salvajes saludan a las vacas;
 campesinos amarillos de cabello trenzado,

vestidos con los rígidos despojos del carnero donde están
 | *bordadas las flores de la primavera.*

tienden sus vasos de cuerno
y desdeñan mi sidra
mientras gime el violín siempre expirante
y siempre renaciente
y los címbalos vierten tempestades de plomo
bajo los golpes de tártaros rojos.
Se almacena todo el trigo de Hungría
y yo me avergüenzo por mi heno que fermenta en la noche
y que aún no ha sido aventado.

(*Papiers d'identité*, ed. Grasset, 1931.)